



Gustavo Adolfo Bécquer

El Retiro

CADA uno de los paseos de Madrid tiene su carácter, su fisonomía y su concurrencia especial. A mí me basta saber a qué paseo asiste de ordinario una persona para formarme una idea aproximada de su posición, su genio y sus costumbres.

Desde el Campo del Moro a la Fuente Castellana, desde el paseo de Oriente a Recoletos, desde la Plaza Mayor a Atocha, desde las Vistillas al Salón del Prado, la coronada Villa ofrece tan ancho y variado campo a sus habitantes, que, excepto algunas raras excepciones, cada cual busca el punto de reunión más en armonía con sus hábitos, su carácter y sus intereses, obedeciendo a esa ley eterna que impulsa a la llama a subir y al agua a buscar su nivel.

Ponedme un domingo cualquiera en un lugar céntrico de la población y yo os diré sin vacilar un momento y casi con la seguridad de no equivocarme un punto:

¿Veis esa elegante carretela sobre cuyo fondo azul y entre un mar de glasé y de blondas se destaca una cabeza rubia y distinguida? Pues esa va a la Fuente Castellana.

¿Veis aquel grupo de alegres y honrados artesanos que con cara de Pascuas y vestidos de día de fiesta cruzan en opuesta dirección? Pues esos seguramente van a merendar en la Pradera, en las Vistillas o a las inmediaciones del Puente Verde.

Aquella mamá, obesa, que sigue la calle de Alcalá adelante, precedida de dos pimpollos, en estado de merecer, perdería un dedo de la mano si no

va a sentarse frente al circo del Príncipe Alfonso.

La otra cocinera endomingada que atraviesa más lejos, con aire decidido y luciendo un pañolón de colorines, apostaría cualquier cosa a que corre en busca de la Plaza Mayor, donde la espera un su paisano o pariente, cabo de la primera del 5.º de artillería montada.

Ese matrimonio de edad proveccta que corre a guarecerse en el portal de una casa, cuando siente el ruido de un coche y que parecen comerciantes retirados de la calle de Postas, ¿quién duda que bajarán al Campo del Moro?

En cuanto a ese astur sin cuba y con camisa limpia, ¿qué hemos de pensar, si no que se dirige a la Virgen del Puerto?

Aquella bandada de niñeras y amas de cría de casa grande, ¿Se oculta al menos conocedor de las costumbres madrileñas que no han de parar hasta verse junto a la fuente de las Cuatro Estaciones?

Y así seguiría marcando sin discrepar una línea el itinerario de todos y de cada uno de los paseantes.

La multitud que en ciertos días clásicos va y viene, cruza y torna a cruzar, y se enreda y se enmaraña pasando y repasando en mil direcciones distintas, podrá presentarnos confundidas las diferentes capas de la sociedad; pero a medida que las arterias de la población van arrojando a la ronda los animados grupos que por ella circulan, cada actor del gran sainete humano busca instintivamente escena y decoración apropiadas al papel que les ha tocado en suerte desempeñar en el teatro del mundo.

Hay, no obstante, un paseo cuyos concurrentes no es fácil señalar, un paseo al que no asiste clase determinada, al que se va casi siempre más bien por incidencia que por costumbre, paseo que cambia de aspecto a medida que cambian las estaciones, que ofrece un panorama distinto en las diversas horas del día, que en el discurso del año puede asegurarse, que ve cruzar por sus alamedas a todos los vecinos de la Corte, amén de la población flotante, paseo, en fin, donde se reúnen alternativamente paletos y damas aristocráticas, niñeras y hombres políticos, artesanos y estudiantes, modistas y títulos de Castilla, provincianos y manolos, desesperados y alegres, ricos y pobres, chicos y grandes, muchachos y viejos. Ese paseo sui géneris es el tradicional, el histórico paseo del Buen Retiro.

Y, ¿cómo se comprende, exclamará alguno, que esa multitud que instintivamente busca para agruparse sus elementos afines se reúna sólo en este punto?

Para encontrar la explicación de ese fenómeno, para darse cuenta de esa contradicción aparente, hay que saber de antemano que el Retiro es un paseo especial, un paseo ómnibus, que tiene rellanos y plazas tapizadas de finísima arena y cercados de arrayán para que jueguen los chicos; calles de copudos olmos ornados de estatuas para que paseen los hombres graves; fuentes egipcias y chinescas, con peces, ánades y patos, para que se embobben las gentes sencillas; bosquecillos de follaje tupido y discreto para que se aventuren las parejas de enamorados; jaulas de fieras, con monos que hacen gestos, y leopardos que enseñan los dientes, para que se extasíe la plebe menuda; parajes incultos, llenos de carrascas y de jaramagos amarillos, para que se tiendan al sol los haraganes; hileras de pinos y cipreses para que discurran a su sombra los melancólicos; es

preciso, por último, no perder de vista que dentro de un paseo monstruo, cuya circunferencia mide algunos kilómetros, hay otros cien paseos aislados e independientes, con su hechura, sus condiciones y su carácter adecuados a las diferentes clases de personas que los frecuentan.

De esta variedad infinita nace la dificultad con que tropiezan así el escritor como el dibujante al tratar de reproducir su múltiple fisonomía. Tarea inútil es asestarle el lente fotográfico; trabajo perdido cruzar sus enarenadas calles lápiz o pluma en ristre. A cada instante cambian la expresión, la luz y hasta las líneas del modelo que se intenta copiar.

Figuráos, por ejemplo, que penetramos en el Retiro en una de esas mañanas de abril o mayo que inspiraron a Calderón la comedia más llena de risueña poesía, de elegantes discreciones y novelescas aventuras de nuestro teatro antiguo. Es la estación en que los almendros cubren el suelo con los despojos de sus tempranas y efímeras flores, dejando asomar sus primeras hojas verdes y transparentes; es la estación en que los intrincados laberintos del estanque chino se engalanan con ramos de lilas; es la estación en que el sol comienza a despertarse temprano y alegre, llamando con sus reflejos de oro al balcón de los perezosos. Los troncos, antes desnudos, se han vestido de nuevo y espléndido ropaje; el cielo parece más puro y transparente; entre las hojas suena una confusa algarabía de trinos y gorjeos que regocija el alma.

El Retiro va a ofrecernos una de sus escenas más características. Las modistillas que a costa de un madrugón han podido robar dos o tres horas de cotidiano trabajo del taller, cruzan alegres y desenfadadas por los senderos que dibujan los floridos arbustos, víctimas de sus matinales expediciones. Sus voces frescas y juveniles, sus gritos y sus risas forman coro y se confunden con el alegre y ruidoso canto de los pájaros.

¡Vedlas con sus sencillos trajes de percal, sus cabellos en desorden y volando sueltos al aire los extremos de sus graciosas mantillas, correr de un lado a otro con esa vertiginosa inquietud con que vuelan las mariposas zumbando en rededor de las flores! Mientras unas acechan los movimientos del guarda, otras penetran en los cuadros del jardín y repelan las acopadas matas de lilas, no faltando en esta bulliciosa operación algunos estudiantes que las requiebran, las persiguen o las asustan escondidos entre la arboleda. Todo enderredor parece que se anima, sonrío y toma parte en la loca alegría de las muchachas. Involuntariamente se escapan de los labios los dulces y espontáneos versos del poeta

florentino:

¡Oh, primavera, gioventú

de'amour!

¡Gioventú, primavera della vita!

.....

...

.....

...

He aquí el borrador de una página del paseo del Buen Retiro; mas no os apresuréis por ella a formar buena idea del conjunto. Una página no es

un libro.

Dejemos la fuente chinesca; seguidme por las revueltas de los jardines; no os preocupéis de la media docena de desocupados que arrojan pedacitos de pan a los peces del estanque grande, y recorriendo una ancha y solitaria calle de castaños, acopados y añosos, nos encontraremos en la fuente de la Salud. ¡Ved cómo han cambiado la decoración y los personajes; ved cómo todo es aquí diferente: la agitación deja lugar al reposo; a los gritos y las alegres carcajadas sustituyen las conversaciones a media voz. El ancho batiente de un musgoso paredón, a cuyo pie se distinguen algunos bancos rústicos, presta a este lugar un aire de sosegada tristeza; la luz se abre paso con dificultad al través de las apretadas copas de los árboles.

Niñas pálidas, viejas achacosas, empleados sin empleo y militares en situación de reemplazo, todos adoradores de la maravillosa fuente, se agrupan en torno del manantial y discuten acerca de las propiedades del agua, repiten por centésima vez el número de vasos que se han bebido o pasean con lentitud a lo largo de las alamedas.

Pero no han concluído aún todos los objetos del diorama. Volvamos otra hoja del libro; internémonos otra vez en la espesura. ¿No habéis reparado en las orlas de una elegante falda de seda que desaparece siempre por el extremo opuesto de las sendas que seguimos? ¿No habéis visto dibujarse vagamente al través de los claros que dejan las ramas el perfil de una enamorada pareja, que al menor ruido huye y evita el encuentro de los curiosos, escondiéndose entre el espeso follaje de los jardines?

Si al abandonar el Retiro encontrásemos parada cerca del templo de Atocha alguna elegante berlina con cifra o blasón en la portezuela, acaso el cochero podría darnos la solución de la charada. Las tradiciones galantes de la corte del rey poeta no se han perdido del todo entre las damas de la coronada villa.

Mas el sol sube a escape por el cielo y deja sentir en las espaldas la viva influencia de sus rayos; los paseantes desfilan unos tras otros; las muchachas vuelven a la población con el delantal lleno de flores; los inválidos de la fuente de la Salud con un paseo mayúsculo y docena y media de vasos de agua en el cuerpo. Ya no se queda en los jardines más que algún pretendiente, sin casa ni hogar, que duerme al pie de sus árboles el inquieto sueño de las dudosas esperanzas, o algún estudiante que intenta repasar a la sombra las asignaturas del curso y acaba también por rendirse a la influencia del sueño; mientras gesticula y habla solo, discurriendo por entre el laberinto de hojas y flores, alguno de esos filósofos, derrotados y silvestres, tipo original del que no faltan ejemplares en la corte.

Tal es, hecho a la pluma, el ligero bosquejo de uno de los variados cuadros que ofrece el Retiro. Con todos ellos podría formarse el más curioso álbum de costumbres madrileñas.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

